El alemán que amó a una judía (Capítulo 2)

Jordi Martí

Capítulo 1

No conseguía salir del asombro. Dentro de la estupefacción oía un murmullo que parecía lejano.

Ahora mismo mis ojos se centraban únicamente en ese color azabache, que pudiendo pasar desapercibido siempre había conseguido centrar toda mi atención y hacer que el tiempo se detuviera. Nuestras miradas lo decían todo. Sabíamos quiénes éramos, sabíamos cuál era nuestro pasado conjunto pero, sin embargo, también sabíamos qué posición ocupábamos cada uno.

-¡Sargento Martens! ¿Por qué no sigue pasando su revista?

Era el general al cargo de ese campo de trabajo, el general Duusel. Es el mejor amigo de mi padre desde que iban al colegio, por eso me destinaron a ese campo, el más cercano de mi lugar de residencia. La enfermedad de mi padre me obligaba a encontrarme cerca por si en algún momento tenía que acudir y llevarle al hospital.

-Perdone mi general, me he distraído por un momento.

Alcé la mano a forma de saludo militar, como se solía hacer por aquel entonces en Alemania.

El general me dirigió la mirada, me examinó de arriba abajo y prosiguió con su labor de vigilancia de que el control se estaba realizando como se debía. No sería la primera ni la última vez que un soldado no pasaba bien la revista porque conocía al preso.

Volví a echarle un vistazo a Enma, la cual esbozaba un amago de sonrisa en su cara magullada, de tal manera en que sólo yo pudiese verla.

“Hermosa, como la recordaba”- me dije a mí mismo.

Esa tarde mi cabeza no pudo enfocarse en otra cosa que no fuera Enma, en estos dos años que habíamos estado separados. En las ironías de la vida, en las que dos amigos de la infancia terminan en lados opuestos en una sociedad rota y dividida. Uno que persigue al otro, uno que maltrata a aquel que le dio las mayores y mejores sonrisas de su vida; uno que, probablemente algún día tendría que terminar con la vida de aquel.

Tendido encima de las sábanas marrones de mi colchón desgastado por el paso de numerosos soldados previamente, sólo podía pensar en cómo podía haber terminado así de magullada Enma, en dónde estaba su

familia, en qué había podido pasarle en estos dos años.

Dirigiéndome al comedor a la hora de cenar pasé por el patio. Cuando estaba pasando por el barracón que iba de los números 25000 al 27000, entre los cuales se encontraba Enma, me paré en seco al ver que salía un soldado con dos mujeres y tres hombres, a los cuales llevaba a la cantera para picar piedra a modo de castigo. Era algo bastante común en el campo, pero no pude esconder mi cara de sorpresa al ver que uno de aquellos presos era la chica en la que no podía haber parado de pensar desde aquella mañana.

-¡Soldado! – llamé a aquel joven chico que tendría la edad que tenía yo cuando comencé a trabajar para aquel campo.

Me miró sobresaltado, y en un instante ya se encontraba firme y con la mano al alza en señal de respeto a su superior. Los talones de los pies bien alineados, formando un ángulo cuasiperfecto de noventa grados, ropaje perfectamente tallado, limpio y planchado, la gorra bien puesta sobre su cabeza sin pelo, debido al corte que se les suministra cada mes.

-¿A dónde lleva a estos presos? Debería estar dirigiéndose al comedor. – le dije en un tono amigable, de tal manera en que se sintiera más cómodo y no saltara la sospecha al haberlo parado sin motivo aparente.

-Señor, les llevo a la cantera.

-¿Razón?

-Había una pelea en la que estaban involucrados estos tres de aquí- dijo señalando a los hombres.

-¿Y las mujeres?

-Son la razón de la pelea, señor. Se estaban peleando por saber quién era el más probable que eligieran en una noche de descuido de nuestros soldados.

Me quedé atónito, esto no había pasado nunca. Al menos a mí. Cuadré de nuevo mi rostro al que solía tener, con una expresión seria, mirada vacía y semblante firme.

-Las mujeres no tienen culpa alguna. De todas maneras se vienen conmigo.

La cara de Enma se iluminó de un momento a otro, mientras que el rostro de la otra mujer no sufrió cambio alguno, probablemente porque pensara

que el castigo sería otro que no fuera ir a picar piedra.

-Sí, señor. – se despidió con un alzamiento de la mano como había hecho previamente a modo de saludo.

Era una noche fría, lo suficiente como para que dos mujeres picando piedra a esas horas pudieran acabar enfermas si se juntaba el esfuerzo físico con el pijama fino de tela sintética que les hacían ponerse.

Me dirigí con Enma y la otra mujer a la entrada del barracón, donde les dije:

-Mañana a las ocho de la mañana quiero tenerlas despiertas y firmes en el patio. Si no vienen ya saben lo que les espera.

No sé aún por qué dije aquello, sólo sé que quería tener una excusa para poder ver a Enma ante menos gente.

Me dirigí al comedor, donde me esperaban mis compañeros y amigos, Frank y Adolf, los cuales entraron el mismo día que yo a trabajar para el Gobierno en ese mismo campo. Comimos albóndigas con sopa de fideos, un clásico en el menú de aquel lugar.

Cuando terminamos de cenar, jugamos un rato a las cartas, fumamos unos cigarrillos y nos reímos hasta que llegó la hora de irse a la cama. En realidad, debería decir se rieron, ya que no tenía el cuerpo para mucha fiesta aquella noche. Notaba las miradas de preocupación de mis amigos, aunque evitaron el preguntarme la causa de mi preocupación, probablemente por miedo a que les diera una mala noticia acerca de mi padre, al cual habían cogido bastante aprecio en estos dos años.

Llegamos a las habitaciones, las cuales ya eran individuales pues ya ostentábamos cierto mando dentro del lugar. Nos despedimos y entré en mi habitación, cerré la puerta con el cerrojo y me senté en la silla de madera a escribir una carta para mí mismo en aquella mesa surtida por el paso del bolígrafo y el montón de documentos que habrían pasado por ella.

Comencé a plasmar las siguientes frases con la tinta negra de mi bolígrafo:

“Querida Enma, siento que estés aquí confinada…”